LA NOVELA CORTA UNA BIBLIOTECA VIRTUAL

JULIO JIMÉNEZ RUEDA

Sor Adoración del Divino Verbo

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Sor Adoración del Divino Verbo
D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna
Ilustración de portada: D.R. © Abraham Bonilla

ESN: 3093112102999254429

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

PRIMERA PARTE
En el campo *5*

SEGUNDA PARTE
En la ciudad *57*

EPÍLOGO
En el convento de Santa Clara 161

PRIMERA PARTE

En el campo

I

Terraza en la alquería de San Juan de los Reyes. Sobre la balaustrada otéase la campiña que recorta la cordillera circundante del valle. Culminan, al oriente, los volcanes cubiertos de nieve que adamasquina de oro el sol en tramonto.

Abajo, las sementeras cargadas de maíz; más allá, la huerta que perfuman naranjos y limoneros. Cinta de plata que serpentea a lo lejos. Atardeceres de terciopelo, grana, amaranto y oro.

Canciones melancólicas, al retorno de la peonada a la alquería. Una esquila que repica desapaciblemente. Sinfonía de pájaros en la enramada y en los aleros. Un perro ladra...

El ángelus apacigua las almas. Voltejea la campanita de plata en el campanario de la iglesia, abrigo de palomas y refugio de golondrinas.

Encienden en el monte hogueras los leñadores, y se prenden los luceros en el firmamento...

Esto vio, oyó y sintió Clara Isabel Suárez de Figueroa, en los años de su mocedad, y mostrose inclinada a la melancolía y a la meditación.

II

Clara Isabel acudía muy de mañana a la iglesia, de oro, negro y ocre invadida en su interior. Decía la misa el buen capellán de la alquería, viejo encorvado y tembloroso, de cabeza blanca y manos sarmentosas, prestas a la bendición y al consuelo.

Un rayo de sol se colaba por los amplios ventanales y venía a herir el mármol blanco de un sepulcro humilde.

En invierno, más obscuridad, mayor reposo y un vientecillo helado que atravesaba los ornamentos del padre, haciendo temblar la hostia en sus manos.

Salía Clara Isabel apresuradamente de la iglesia y corría por la vereda guarnecida de flores. Cortaba unas, las apretaba contra su seno, apenas acusado bajo el coselete de estameña fina y sin adorno, llegábase a la casona. Desayunaba chocolate y bollos.

Bendecía a Dios, recorría aposentos y corredores, vigilando el arreglo minucioso que hacían de ellos las sirvientas, indias rollizas y bronceadas. Reposaba en su camarín blanco y austero como celda de claustro y poníase a bordar manteles y paramentos para la iglesia blanca, de campanita de plata.

III

Los aposentos de la alquería blancos eran y de paredes altas que surgían del lambrín multicolor de azulejos de Talavera. Muebles de fina talla, severos, claustrales, velones de bronce que quemaban, en invierno, el aceite de las buenas intenciones, colgaduras viejas y desvaídas, espadas y picas herrumbrosas que hablaban de heroicidades de otros tiempos, un crucifijo de marfil, dos tibores floridos, dos candelabros con cera perennemente encendida, un reclinatorio forrado de cordobán donde Clara Isabel, de rodillas, repasaba una y otra vez las cuentas nacaradas de un rosario.

IV

En las tardes solía pasear por los alrededores de la casona, llegábase hasta las trojes repletas de maíz, conversaba con los labriegos, indios fuertes y sumisos, sentábase después, un momento, sobre el pretil de la fuente a oír la canción del surtidor.

Cantaban los cenzontles y los canarios desde sus jaulas de plata.

Esperaba, Clara Isabel, melancólicamente la puesta del sol desde la terraza.

Recogíanse las cabañas en la majada, retornaban labriegos y pastores a sus jacales, y el sol, el magnífico sol, convertía en fuego la nieve que descendía, en lava hirviente trocada, por las faldas imponentes de la montaña.

Entonces conversaba con su padre, don Íñigo Suárez de Figueroa y Souza. Conversación suave y apacible como la noche que iba cayendo...

V

El hidalgo, viejo ya, vestía a usanza antigua, austera, varonil, sin los alardes de la moda que nuevamente se introducía en los salones de la vecina capital del virreinato. Apenas si la melena blanca un poco crecida, la gorguera tirando a valona, los gregüescos más largos y la capa más corta acusaban la transición del monástico reinado de Felipe II el Prudente, a la molicie y disolución de las costumbres reinantes en los de Felipe III el Piadoso y Felipe IV el Poeta.

Reposaba el hidalgo en un sillón frailero, la mirada perdida en el horizonte que minuto a minuto se diluía en la sombra.

Era la hora de las evocaciones de antaño, de los elogios férvidos de otrora, de los ensueños, de los misterios:

—Todo lo que se descubre, mi hija, en el amplio espacio que abarcan los ojos, fue conquistado

por los abuelos, sembrado con sus huesos, regado de sudor y de sangre y abierto en surcos por sus espadas victoriosas. Un abuelo mío plantó el estandarte de Castilla por primera vez en estas tierras, otro ascendió a la cumbre de la montaña para sacar de ella azufre y fabricar pólvora, un pariente bautizó indios en las riberas del río aquel que corre entre los alcores y su mano se cansó de tomar agua una y otra vez, hasta seis mil en el breve espacio de un día. Nosotros, mi hija, nada hemos hecho hasta ahora para ser dignos de tan preclaros varones. Sé caritativa y buena, enseña, instruye en la fe y trabaja en la conversión de esos pobrecitos que, aunque bautizados, no han dejado de ser herejes. Reza por los abuelos que tan dignamente cumplieron su misión en la vida, conquistando para Dios el reinado de las almas y para el rey el dominio dilatado de estos pueblos.

Y se hacía el silencio en la comunión de las almas de padre e hija.

VI

Solía hacer, el hidalgo, el elogio de la ciudad remota, de la capital rica y floreciente de la Nueva España que había entrevisto de mozo, antes de retirarse al apacible y sereno retiro de la alquería de San Juan de los Reyes. 15

—Donde más se probó, mi hija, el esfuerzo, el valor, la templanza y el arrojo del castellano, fue en la debelación de la antigua y pagana ciudad de Tenochtitlan. Días y meses nuestras huestes mantuvieron el cerco apretado en torno a la ciudad hasta tomarla, no sin grande riesgo. Echaron abajo los templos de las feroces divinidades gentiles y en su lugar fabricaron a Dios templos dignos de su gloria. Trazaron plazas, levantaron mansiones señoriales y pronto, mi hija, la ciudad nació del lago milagrosamente. Ahora vienen a abrevarse a las fuentes de saber que de ella manan estudiantes de todas partes. Hay

universidad con privilegios de la de Salamanca y frecuentan sus aulas escolares que mueven ruido y algazara al trasponer el portalón de acceso, como en mi mocedad hacíamos los que cursábamos estudios en Salamanca o en Alcalá de Henares.

"Monasterios, mansiones amplias y capaces, espaciosas plazas, bordean los canales como en la maravillosa ciudad de Venecia que vio un día mi padre y que me describía como yo os describo ahora la ciudad de México en mi vejez. Canoas hermosamente aderezadas surcan las calles de agua, iluminadas por la luna. En el milagro de la ciudad los elementos se unen para hacer de la capital del virreinato de la Nueva España una ciudad hermosa como Sevilla, austera como Valladolid, noble como Toledo, santa como Ávila de los Caballeros..."

La doncella se encendía en deseo de atestiguar la maravilla y bogar, también, en una góndola enflorada por los canales muertos de la antigua ciudad de México Tenochtitlan.

VII

No era menor, aunque de otro linaje, el encarecimiento que de la gran ciudad hacía el ama, sencilla y beata que cuidaba de los menesteres de la casona:

—Verá la niña en la ciudad galanes regiamente engalanados. Terciopelo, seda, oro. Muy galanes en el decir y muy liberales en el dar. Verá damas de alto linaje con estrellas por ojos y hebras de oro por cabellos.

"Verá la niña tiendas en las que se expenden muy variados objetos. Ya joyeles de oro exornados de esmeraldas, rubíes, berilos o amatistas. Ya sedas de finísimo tejido y elegante dibujo, encajes de Flandes, lienzos de Holanda, mantones de China. Cofrecillos de oro, taracea de maderas finas, filigranas de plata, pendientes, zarcillos, trabajados por hábiles artífices, pulseras, sortijas, collares...

”Y también amuletos para evitar enfermedades o sortilegios, objetos encantados para conseguir galán. De todos estos hay que buscarlos en sitios escondidos, ya que la Inquisición persigue a los mercaderes.

”De estas cosas y de otras usé en mi juventud. Fui amada y feliz. Ahora ya ve la niña, por joya este rosario y por aderezo estas tocas venerables.

”Cuando mis cabellos no eran blancos, ni me faltaban dientes y la piel se mostraba tersa y pulida como la seda, entonces...”

Un suspiro inflaba el pecho de la vieja e iniciaba ella la letanía de lamentaciones por haber pasado el tiempo que, como pasado, siempre fue mejor...

VIII

La esclava negra, jacarandosa mujer de dieciséis años y robusta como de veinticinco, entretenía a Clara Isabel con paliques más pintorescos.

Hablábale de países remotos, tostados por el sol. Describíale las arenas calcinadas del desierto. Visiones blancas. Tardes bochornosas. Manglares lujuriosos. Pasión. Sonar argentino de ajorcas sobre los tobillos al romper en una danza sensual. Un tamboril que redobla monótonamente. Ajimeces multicolores. Celosías, maldiciones y conjuros.

Sabía la esclava cuáles eran las palabras rituales para confundir y anonadar al hombre. Conocía brebajes y mixturas para hacer nacer el amor o fulminar la muerte.

Y sus ojos, sus ojos acerados hacían daño a la persona en que se posaban.

Tenía, además, movimientos felinos y voluptuosos... Se ataba un pañuelo rojo sobre el encrespado bosque de cabellos.

IX

Sólo leía Clara Isabel libros de devoción. Noche a noche la dueña repasábale la vida de algún santo. Placíale a la doncella, singularmente, la de los mártires. Procuraba sustituirse al sujeto de la lectura, sentir sus dolores, arder en las brasas que tostaban las carnes, retorcerse en la agonía de los miembros cercenados: santa Cecilia, santa Águeda, santa Inés, san Lorenzo. ¡Las jaras finísimas y emponzoñadas que penetraban en el cuerpo de san Sebastián...!

En la librería de su padre había buena copia de libros de este jaez, primorosamente miniados y recubiertos de piel. Había, asimismo, libros de caballerías que el hidalgo le prohibió leer.

Sin embargo, a hurtadillas hojeó con deleite las aventuras del noble caballero don Amadís de Gaula.

X

Como santa Teresa, tuvo ímpetus de convertir herejes y morir en martirio; como tantos conquistadores, santos y ascetas, coadyuvar en la obra de catequización universal. Cuando menos soñaba en meterse monja, sangrar sus espaldas con la disciplina, ceñir cilicio a la cintura y ayunar los cuarenta días que ayunó el Señor en el desierto. 23

Entretanto conservaba intacto el aceite de su lámpara.

XI

Una noche hidalgo y doncella columbran desde la terraza una procesión fantástica que avanza sobre la carretera.

Puntos luminosos semejan extraño gusano que repta sobre la cinta entenebrecida del camino real.

A poco la visión se hace precisa. Se escucha el galopar de caballos. Una carroza rueda pesadamente por el vial polvoriento y pedregoso.

Después un extraño cortejo que avanza lenta y ceremoniosamente, como procesión de Corpus.

Perfiles que se recortan enérgicos en la lobreguez de la noche iluminados de rojo por las antorchas que portan lacayos, cabezas separadas del tronco, brazos cercenados, caballeros que emergen de monturas invisibles, cuerpos de animales sin jinete, carroza de planos rígidos, desfile de sombras en la noche, negro de terciopelo

y rojo de cobre sobre el horizonte que repite al infinito el eco de los ruidos que promueve la caravana.

Abandonan los indios sus jacales, doblan la rodilla y se persignan como si fuera Nuestro Amo el que pasa.

Un rodrigón se desprende de la comitiva y pide, al señor de la alquería, hospitalidad para la excelentísima señora virreina de la Nueva España, que yace enferma en la carroza que atraviesa el camino.

XII

Turban la paz de la silenciosa alquería, criados que suben escaleras, cruzan patios y aderezan habitaciones. Las bujías de los candelabros, vírgenes de luz, se encienden ahuyentando, con su claridad, todo asomo de malos pensamientos. Lucen las sedas de los pesados cortinajes y brillan discretamente los bordados de las telas que tapizan los muebles.

Surgen de la sombra arcaces y bargueños, aparecen en los muros retratos de caballeros de negra ropilla, gola de aplanchados gorgoranes y birrete de velludo.

Todo iluminado por la luz amarillenta y vacilante de los cirios que se queman en los candelabros.

Las ratas desaparecen, despavoridas, en los agujeros; las telarañas, en los rincones semejan filigranas de plata.

Para la señora virreina, Clara Isabel ha aderezado su propio lecho que luce sábanas de Holanda y una colcha de damasco rojo con fleco y

borlas de oro que caen al suelo besando la humildad del ladrillo rojo exornado de pequeños azulejos.

XIII

En el refectorio el virrey y su acompañamiento cenan. El hidalgo ha hecho preparar un sabroso refrigerio. Un pavo da realce a la mesa del excelentísimo señor.

Mosto viejo y vinillo aloque hacen olvidar las penalidades de una larga travesía.

Brillan los ojos de contento, la conversación es vivaz, intensa y agradable.

Dan las once en el reloj que se pierde en la penumbra de un rincón.

XIV

Su excelencia es más bien bajo que alto.

Figura de marfil vestida de seda negra. Dos rayas de carbón para formar las cejas y una línea de tizne sobre el labio por bigote. Leve mosca en la barbilla.

Cae la cabellera negra sobre la valona blanca y almidonada, como los puños voltean sobre las mangas.

Habla pausadamente. Es algo poeta y se sabe de memoria a don Luis de Góngora y Argote.

Le acompañan un marqués y un conde. El marqués, rubio y barbilindo; el conde es viejo y grave. Sobre su pecho alardea el lagarto rojo de la orden de Santiago y viene a ocupar un asiento en la Real Audiencia de la Nueva España.

XV

—Si vuesa merced, señor hidalgo —habla el marqués—, nos hubiera acompañado en la travesía, habría sido testigo del más horrendo temporal que vieran los siglos. Nuestro bajel se agitaba sobre las olas como débil hoja que mueve el viento. Nos inclinábamos ya a babor, ya a estribor, en terribles bandazos que hacíamos temer una visita a los salados dominios de Neptuno. Eolo soplaba a plenos carrillos sobre nuestro pobre barquichuelo, dispersando por los ámbitos del océano nuestra bien organizada flota. Su excelencia dio prueba en el trance de la energía que aplicará al gobierno de estos reinos. Mi señora la virreina no tuvo la misma fortaleza, pese a su corazón bien puesto, y enfermó. Culpa a la debilidad de la mujer y a la costumbre de pisar alfombras y no la movediza puente de un barco. El señor conde mostró el recio temple de su

espíritu, y la justicia con que decora su pecho esa honrosa insignia de Santiago.

—Hice, señor marqués —replica el conde—, lo que hace todo caballero en ocasión parecida: implorar a Dios el aplacamiento de su cólera, atender a una dama en peligro y conservar sereno el espíritu en medio de los elementos desatados, para poder traspasar con lucidez los umbrales de la muerte si Dios fuere servido a decretarlo así.

—En cambio, el señor marqués se guareció en su litera y vímosle aparecer tan sólo cuando el mar se había trocado en suave y amoroso lecho de nuestro galeón tan combatido. Ya se columbraba a lo lejos San Juan de Ulúa.

—Excelencia, retireme a meditar en el peligro en que nos ponía nuestra suerte adversa y también para ver de escribir un poema sobre la tempestad.

—Ya nos lo mostraréis en la Corte.

—Fue tan pobre mi estro que no alcancé a

componer la segunda octava. Mi lira es más bien erótica que heroica, excelencia.

—Cuestión de letras, señor marqués.

—Y de espíritu, señor conde.

Daban las dos de la madrugada en el reloj que se escondía en la penumbra.

XVI

En su camarín, Clara Isabel había rezado ya una corona de quince misterios y dormitaba sobre el reclinatorio, a la luz de una lamparilla de aceite que parpadeaba en un rincón.

La virreina dormía un sueño apacible y sosegado, los dos brazos extendidos sobre la colcha de damasco rojo, como lirios que nadaran en un mar de sangre bermeja.

XVII

Corren suaves y quietos los días en la paz agreste y conventual de la alquería.

Su excelencia conversa largas horas con el hidalgo y le expone un plan de gobierno que hará la felicidad de los habitantes de la Nueva España. Fincan en él toda suerte de promesas. La Iglesia católica será respetada y engrandecida, los tributos reales se pagarán con puntualidad extrema, fortificaranse los puertos contra posibles asaltos del corsario inglés y los indios... los indios seguirán en minoridad como hasta entonces.

El conde se encierra en la librería del hidalgo, o medita por los senderos de la huerta en la interpretación razonable de una ley de Partida que le ha intrigado aquella mañana al repasar, por milésima vez, las páginas de una vetusta recopilación.

El marqués emprende excursiones a caballo por los campos sembrados de maíz, por los alfalfares esmeralda, por las rancherías que se pierden en la sierra, por las cañadas frescas y olorosas, y mira con ojos de lujuria a las indias rollizas que lavan en el río, carne joven que no desdeña la nobleza del marqués.

La virreina pasa las horas muertas departiendo con la doncella. Su excelencia, en un sillón de cuero repujado, se sienta; Clara Isabel, en un banquillo recubierto de terciopelo carmesí.

Por la ventana el espíritu se espacía en la inmensidad del cielo azul y en el campo emperlado de rocío.

Ambas tejen, bordan y cosen gorros, escarpines, pañales y mantillas para el niño que promete el vientre deforme de la virreina.

XVIII

Y decía a su excelencia, la doncella, los antojos que había de conocer la ciudad que su padre le describiera con tanto calor y la tristeza de las horas pasadas sin más compañía que la dueña y la esclava en los fríos aposentos de la alquería y la rustiquez de los villanos que poblaban los contornos y cómo su padre se iba tornando viejo y la gota pesaba ya sobre sus piernas y del ansia que tenía su alma de abrevarse en fuentes inextinguibles de saber y ser útil a los demás, no oveja ociosa que se escondía en el aprisco.

La señora virreina le prometió llevarla consigo así que reanudaran su marcha a la Corte.

XIX

—Agradezco a vuestra excelencia, señor virrey, el designio de llevar a la Corte a este su siervo, aunque me holgara más de acabar mis días en este retiro sin más cuidados ni preocupaciones que la muy grave de preparar mi ánima para la partida. Viejo soy, señor, y los achaques de la edad podrán más en palacio que el deseo muy grande que he de serviros. Ruineras y alifafes acabarán presto con mi pobre humanidad, y sólo acepto el ofrecimiento de vuesa excelencia para no disgustarle y para que, en el futuro, vele por mi hija y le dispense mi señora la virreina la protección que vuesa excelencia otorga al padre. Bésoos las manos, señor.

Hizo una reverencia y, todo tembloroso de emoción, fue a comunicarle el caso a Clara Isabel.

XX

Decidiose presto la marcha con no poco dolor del hidalgo que dejaba el valle que conquistaran sus antepasados. Cada mazorca, cada matojo de hierba, cada rompimiento de flor era un pensamiento del hidalgo o una acción buena de la hija; una lágrima que no llegó nunca a brotar o una sonrisa que se perdía en las guías encanecidas de su bigote.

Ahora contemplaba las últimas puestas de sol en la llanada, ahora sentía el dolor de las últimas auroras vividas en la casona de la alquería, en una paz mucólica y monástica a la vez. No hubo menester, el hidalgo, vestir el sayal del monje para retirarse del mundo y, en trueco, había disfrutado de la paz que cantaron Horacio y fray Luis.

XXI

Clara Isabel, en tanto, vivía en un mundo de ensueño.

Miraba la ciudad surgir del lago, blanca y resplandeciente, como de plata; miraba levantarse iglesias y monasterios que aturdían al transeúnte con el múltiple y sonoro repicar de sus campanas; miraba caballeros regiamente vestidos que hablaban entre sí de cosas de provecho para Dios y para el rey; miraba damas caritativas que hacían mercedes y practicaban las virtudes que aconseja la santa madre Iglesia, y se miraba asimismo, en la Corte llevar a un niño sonrosado en brazos y conversar con él en lenguaje de ángeles; miraba al niño vestido con los pañales y las cantillas aderezados en las largas horas de palique con la virreina…

En la terraza de la alquería un vientecillo fresco, soplado de los volcanes, rizaba la piel de la doncella en un calosfrío inquietante.

XXII

La dueña y la esclava, al saber la resolución del hidalgo, lloraron hasta enrojecer sus párpados y enjutar por algunos días la fuente que manaba el lloro.

Rezaba la dueña interminables misterios.

Y la esclava, hecha un ovillo, murmuraba palabras de conjuro.

XXIII

En un aristocrático atardecer de mayo, todo engalanado de flores y perfumado de aromas, mientras Clara Isabel cortaba un ramillete para el altar de la Virgen, oyó por primera vez palabras de tentación.

Pronunciolas el marqués barbilindo, los ojos encendidos como brasas y el mostacho arriscado y retador.

EL MARQUÉS. —La doncella Clara compite, en el jardín, con las flores, sus hermanas, en belleza y en perfume.

CLARA ISABEL. —Aderezo un ramillete de flores para la Virgen.

EL MARQUÉS. —De azucenas y de rosas, como de azucenas y de rosas está formada la doncella Clara.

CLARA ISABEL. —Vuesa excelencia me confunde.

EL MARQUÉS. —Bella es, vuesa merced, y en la Corte causará la envidia de las damas.

CLARA ISABEL. —¿Envidia?

EL MARQUÉS. —Y dolor a los caballeros.

CLARA ISABEL. —¿Dolor?

EL MARQUÉS. —El dolor gozoso, el que lleva en sí mismo la alegría, el que es pena y alborozo de consuno, el que envenena y vivifica, el que es negrura de abismo y claridad de cielo, tempestad en noche lóbrega y rocío en la mañana: amor.

CLARA ISABEL. —¡Amor…!

EL MARQUÉS. —¿No ha oído nunca vuesa merced hablar de ese niño ceguezuelo armado de aljaba y dardos, que suele disparar sus flechas sobre los corazones desapercibidos?

CLARA ISABEL. —Sé de otro amor más grande y puro, que a fines más altos se dirige, y excelente sujeto es su aplicación.

EL MARQUÉS. —¿Dónde aprendió vuesa merced metafísica tan sutil?

CLARA ISABEL. —En mis noches de soledad y en la lectura de libros de devoción.

EL MARQUÉS. —Porque es joven vuesa merced, porque no conoce del mundo sino el breve espacio que se abarca desde la terraza de la alquería, es materia propicia su corazón para ser acribillado fácilmente por las jaras del niño ceguezuelo. En la Corte, señora mía, que es universidad donde se doctoran todos los maestros en ciencia erótica, hará vuesa merced su curso también. Ni hombres sesudos, ni capitanes valientes, ni sabios doctores pueden alardear de haber escapado a las travesuras del rapaz que lleva la aljaba. Diera yo mi vida por ser el maestro que iniciara a vuesa merced en la complicada dialéctica del amor...

La doncella no ha contestado, ha enrojecido, quiere llorar tal vez; jamás ha oído palabras así. Tiene, no embargante, fuerzas para huir, y huye por las callecillas enarenadas del jardín que enrojece el sol con su fuego claudicante.

De la tierra sube olor a acre y cocuyos aparecen en la sombra de los prados floridos.

La campana de la iglesia llama a rosario.

XXIV

Clara Isabel, de hinojos frente a la imagen de la Virgen, dorada por las luces que se encienden en el altar, implora:

"Madre del Amor hermoso, Madre del Divino Verbo, no permitas que la tentación haga presa en mí. Si ha de ser para mi bien, vayamos a la Corte; si para mi mal, consérvame a tus plantas como ahora, que más quiero ser rústica y buena en la alquería, que discreta y galana en la Corte.

"Que la pestilencia de ningún amor mundano no penetre en mi corazón, apartándolo de ti. Que mis ojos no se complazcan mirando a otros ojos, que mis manos no se junten a otras manos..."

Turban la oración las palabras del marqués.

"Quisiera ser maestro de vuesa merced en la disciplina que no enseña ningún libro, ni se aprende en cátedra ninguna".

—Aparta, madre mía, la tentación. Quiero consagrarme a ti, ser toda tuya, tuya, tuya para siempre.

Y otra voz le dice:

"Espera el instante con expectación, témelo y regocíjate. ¡La voz del mundo habrá hablado en ti!"

—¡Madre, madre, madre!"

Anhelante, trémula, desfallece en un desmayo.

La dueña, que no lejos de ahí repasa su rosario, acude presto en socorro de la doncella.

El sacristán opina que el desmayo ha sido por el perfume penetrante de las flores que mueren a los pies de la Virgen y por el humo de los turíbulos que no ha logrado salir por los ventanales.

Afuera, la noche es primaveral, olorosa y tibia…

SEGUNDA PARTE

En la ciudad

XXV

El virrey y la virreina, los gentileshombres de su acompañamiento, los lacayos y postillones, partiéronse primero, satisfechos de la estada en la alquería.

El hidalgo y la doncella días después.

Dueñas, esclavos, criados, labriegos se adelantaron a despedirlos, obra de una legua en el camino.

Los indios hincaban la rodilla en tierra y besaban la diestra del amo.

—Siñor amo se nos va, pagresito nos abandona.

Y corrían las lágrimas por los rostros atezados de los viejos.

—Siñor amo se nos va, pagresito nos abandona.

Cantilena interminable, lágrima que aplaca el polvo sofocante del camino.

Dando tumbos en el coche, el hidalgo y la doncella lloraban también mansamente, silenciosamente.

XXVI

En otro coche la dueña plañía dolorosamente un quebrantamiento general de huesos, en tanto que la esclava negra le acrecía su mal con una charla que sonaba a ajorcas, a cascabeles, a campanas echadas a vuelo en día de jura real.

Su pañuelo rojo era nota sugestiva en la aridez monótona del paisaje.

XXVII

En Santiago Tlatelolco se celebra tianguis. Indios de todas partes sumariamente vestidos, indias de huipil y camisa bordada, niños bronceados y sucios se juntaban frente al templo franciscano, de paredes altas, lisas y duras como de fortaleza.

Asómbrase Clara Isabel de la variedad de mercaderías que ofrecen los traficantes.

Telas ricas de algodón de hermosos colores, jarros, ollas y vasijas de barro decorados con primor, hierbas para sanar toda clase de dolencias, cuentas de vidrio y joyas de similor, flores de variados colores y perfumes, frutas de los trópicos, gozquecillos de pelambre sedosa y miradas de ensueño.

Un canario adivina los nombres escritos en papelicos, que colman la jícara de Michoacán que sostiene una india.

Y un viejo centenario, apergaminado y negro, de cabeza blanca y dientes finos, hace

enroscar a su cuello, ante la mirada absorta de los marchantes, una víbora que abre sus fauces en un amplio bostezo de aburrimiento.

XXVIII

Aposentáronse en casa de doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza, hermana del hidalgo, que vivía en la calle de la Buena Muerte.

Alta, amojamada, de piel transparente recorrida por venas azules y abultadas, ojos negros, profundos y ardientes, hablar pausado.

Vivía en una casona oscura y lóbrega, destartalada y negra. Pocos muebles, severos, antiguos, refugio de la polilla. Un altar de la Virgen en el salón. Dos cirios que alumbran a la imagen. Gotas de cera en el pavimento desnudo y frío.

Nada de flores, ni de pájaros, ni de fuente de azulejos que cante en el patio su canción de cristal. En trueque una pileta de aguas verdosas y estancadas.

Más parecía la casa de doña Soledad habitáculo de almas desasidas del mundo y sumidas en la meditación.

Doña Soledad se levantaba al alba y corría a misa. La iglesia era negra y poblada de imágenes espantables.

Ayunaba todos los viernes a pan y agua en memoria de los sufrimientos de Jesús en su vía dolorosa.

Y todos los sábados sangraba sus hombros con una disciplina de puntas aceradas en penitencia de los pecados suyos y de los ajenos.

Durante el día se hablaba en voz baja y a medianoche se rezaban maitines a la luz vacilante de los cirios que alumbraban el altar de Nuestra Señora.

XXIX

Clara Isabel y el hidalgo ocupan dos aposentos en el piso principal, los menos lúgubres de la mansión. Han colocado en ellos lechos enormes de cedro, una mesa, una silla y un crucifijo de plata en la pared.

La dueña ocupa un zaquizamí pequeño y húmedo y el reuma de la señora ha dado en martirizarla noche y día con sus protestas.

La esclava se alberga en una espelunca del desván y tiene por compañía ratas y arañas. Maldice de su suerte y en su cerebro se finca un proyecto de fuga.

XXX

Clara Isabel acompaña a la de Figueroa a misa.

Pártense de la casona muy de mañana arrebujadas en sendos mantones que les llegan a la fimbria de la basquiña.

Haldean las dos en la fresca claridad de la mañana.

Las tiendas se abren al comercio de los transeúntes. Tiéndense los mostradores en los vanos de las puertas y aparecen, tras ellos, las caras agrias de los tenderos que se desperezan abriendo la boca y estirando los brazos entumecidos por la dureza del lecho.

Un rapaz limpia las muestras que cuelgan frente al portal.

Una manada de cerdos hoza por el arroyo rumbo al mercado de la Plaza Mayor.

Un caballero cruza raudo la plaza seguido de cortejo de pajes. Va de caza.

Un mendigo pide limosna en el porche de la iglesia, por "el amor de Dios", con voz tipluda y penetrante, y con ambas manos aparta la leve camisola que le cubre el pecho para mostrar al caritativo una llaga purulenta y repugnante.

XXXI

Al frescor de la mañana, pone una gota de acidez doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza, cuando sermonea a la doncella.

Dios te libre de la pestilencia que inficiona a las almas en la Corte. Más te valiera el haber muerto mil muertes que el pecar una vez contra el Señor. Primero de frecuentar dorados salones propicios al pecado, podrías retirarte a la soledad del claustro y servir a Jesús. Las almas jóvenes son como débiles mariposas atraídas por la luz para consumirse presto en su ardor.

"Toma ejemplo de mí; pecadora he sido, pero la misericordia de Dios es grande y me he conservado siempre a su servicio. Doy gracias al Todopoderoso que se ha dignado venir al pecho de su sierva y lo ha escogido por morada.

”He visto al Señor en mi casa, todo resplandeciente de luz, con los brazos amorosamente abiertos y tendidos hacia mí.

”La casa se inundó de inefable perfume y sentí mi corazón acribillado por dardos de oro.

”Lo demás es vanidades de vanidades”.

Y salen de la iglesia oscura al frescor esplendente de la mañana, ya poblada de ruidos.

Un mercader pregona su fruta. Un herrero maja en el yunque, fierro enrojecido.

Desde el pescante de una carreta, el arriero chasquea el látigo sobre las cansinas mulas y escupe una blasfemia.

XXXII

El sermón continuaba, al atardecer, en la casona de doña Soledad, después del ángelus, mientras la sobrina, a través de las celosías del balcón, sentía adormecerse la ciudad en el regazo de la noche. Cesan murmullos y voces y sólo el paso de la ronda o el taconeo de un transeúnte rezagado turban el silencio de la rúa.

—Habrás visto que todo es miseria en la Corte. Más feliz te encontrabas, sin duda, en la alquería. Todo zozobra y fatiga en la ciudad. Nuestros pies bordean el abismo y un mar de concupiscencias amenaza ahogarnos en sus pestilentes ondas. *¡Libera nos domine!*

A estas horas solían pasar por la calle los hermanos de la cofradía del Rosario de Ánimas, alumbrados por una linternilla de aceite y unos cuantos cirios. Un cofrade tañía una campanita y con voz plañidera decía:

—Un padrenuestro y un avemaría por el alma de fulano. Un padrenuestro y un avemaría. Amén.

XXXIII

El alma ascética de doña Soledad Suárez de Figueroa y Souza penetró en el almario de Clara Isabel impregnándolo de suave melancolía. Un anhelo vago posee a la joven que mira ya con desabrimiento las cosas que suceden en la Corte.

Va a Palacio, en coche, con su padre; pero antes quiere recorrer la calle principal.

Ve la Plaza Mayor poblada de mercaderes y oliente a rastro por las reses que en ella se sacrifican. Ve los que han tratos con la justicia salir y entrar en tropel a Palacio para abogar por sus causas en la Audiencia o en la Real Sala del Crimen. Escribanos, golillas, alguaciles, covachuelistas.

Ve, más allá, una parvada de muchachos vestidos en hábitos estrafalarios y raídos que pasean grandes carteles convidando a un vejamen en la Real y Pontificia Universidad de México.

En las platerías ve galanes que compran aderezos y joyas para sus damas.

Ve un tren lujoso recorrer las calles con gran-

de pompa de pajes y lacayos.

Ve al señor marqués hacerle una cumplida reverencia desde el fondo de una silla de manos que llevan en vilo dos esclavos negros arreglados con muy vistosas libreas.

Ve muchedumbre de mendigos, los unos se cubren con mantas, los otros con simples zaragüelles, los niños con nada. De ellos son ciegos, de ellos tienen las piernas hinchadas monstruosamente, de ellos tullidos lisiados, uno, con todo el cuerpo en llaga que es pasto de las moscas en el portalón del convento de San Francisco.

Un ciego, en la esquina de la Profesa, vende romances y pliegos con las últimas noticias de España, acarreadas por el galeón real. Pregona, además, el romance de la mujer que parió a un niño con dos cabezas.

Y ya frente a Palacio, Clara Isabel hubo de cubrir sus ojos para no ver a un pobre diablo que, con la lengua de fuera, hacía sus últimas cabriolas en la horca. La muchedumbre reía, reía.

El hidalgo fue nombrado mayordomo de Palacio y Clara Isabel entró al servicio de la virreina como dama de honor.

XXXIV

Mencía, Beatriz, Leonor fueron sus amigas en la Corte. A Lucinda mirola siempre con prevención.

Mencía y Beatriz son pequeñas y rubias, semejan mellizas. De carácter suave y apacible, pásanse las horas contemplando ciudades encantadas en la lejanía, leyendo libros de versos.

Las crenchas de Leonor son brunas, sus ojos castaños, su nariz pequeña y remangada, se pliegan sus labios con gracia y manan de ellos noticias abundantes sobre acaecimientos de la Corte.

Lucinda es morena, de ojos negros y boca sensual, de amplio y exuberante cuerpo. Los hombres la acosan y se cuentan de ella mil historias peregrinas.

El resto de las damas, muchas de ellas nobles, no interesa a Clara Isabel.

XXXV

En un camarín de Palacio reúnense las cinco en sus horas de servicio a conversar, a leer, a bordar o a tejer.

Mencía borda, en una casulla, un lirio desfalleciente.

Beatriz hojea las páginas de un libro y deja caer sobre el tapiz florentino las catorce perlas de un soneto.

Leonor comenta el último lance del conde de Santiago.

Lucinda reposa lánguidamente tendida en un diván.

Y Clara Isabel, la imaginación puesta en mundos muy lejanos, borda un corazón sangrante sobre el paramento de un lienzo de altar.

Las campanas de Catedral derraman el ángelus por la ciudad y en el garitón de Palacio se cambia la guardia de alabarderos.

XXXVI

MENCÍA. —¡Víspera de Corpus, Beatriz!

BEATRIZ. —Los días de Corpus siempre han sido tristes para mí. En Corpus perdí a mi madre, en Corpus partiose mi hermano para el Perú, y de él no se ha sabido más, en Corpus me engañó mi galán con la amiga que más quería…

LEONOR. —Los días de Corpus para mí son gozosos. En día de Corpus he logrado siempre encender un amor.

MENCÍA. —¿Y qué haces, Leonor, con tantos amores como Corpus hay en tu vida?

LEONOR. —Esperar que el sol de un día de Corpus encienda la hoguera en mi corazón.

MENCÍA. —Por San Juan es el día del amor. Por San Juan se encienden luminarias en el monte y las damas de Madrid refrescan en las orillas del Manzanares.

LEONOR. —¡San Juan y Corpus! ¡Corpus, la

procesión, la mascarada...! ¡San Juan, para las doncellas que esperan ansiosamente al amado y abren las ventanas esa noche y consultan con los astros la venida de un príncipe azul en un caballo blanco...!

MENCÍA. —¿Cómo ha de ser tu príncipe, Beatriz?

BEATRIZ. —Rubio, con guedejas de oro que caigan en cascada sobre la valona, ojos garzos y ensoñadores, bigotillo suave, manos finas, muy gentil y muy galán.

MENCÍA. —¿Y el tuyo, Leonor?

LEONOR. —Fuerte y valeroso, ojos negros y retadores, tosco, sin llegar a grosero, que monte bien a caballo, que maneje el estoque con destreza, que sea amplio en el prometer y fácil en el dar, ardiente en el amor, fiero en la pelea, dulce en sus palabras, amoroso en sus reclamos, que sepa matar y dejarse matar por una mujer.

LUCINDA. —Poco pides, Leonor. ¿Y tú, Clara Isabel?

Clara Isabel levanta los ojos humedecidos en lloro.

CLARA ISABEL. —Yo no busco amor terreno, yo sueño en Jesús.

Lucinda rompe a reír, risa torpe y maligna, que enciende rubor en las pálidas mejillas de Clara Isabel.

Después todas callan. El camarín queda en tinieblas. Un paje enciende las bujías del candelabro que reposa en la mesa. Cuatro de las doncellas recogen silenciosamente su labor. La quinta tiene esa noche cita con su galán.

XXXVII

La plaza va quedando desierta también. Levantan sus tiendas los mercaderes, sus cabañas los arrieros. Se prenden unas antorchas en los puestos de comestibles. Una esquila rememora los plácidos atardeceres de la campiña. Un alguacil cruza la plaza. Croan las ranas en las aguas malolientes de las acequias vecinas.

XXXVIII

Los corredores de Palacio están envueltos en sombras. Chirrían los cerrojos que cierra un mayordomo. Tintín de llaves, pasos breves que se pierden en la noche.

Salen las damas de los aposentos de la virreina.

Clara Isabel, presurosa, va a sus habitaciones. En el recodo de un pasadizo tropieza con una dueña enjuta y amojamada, de ojos enrojecidos y legañosos. Cuatro pelos de bigote y otros tres en la barbilla.

—¡Ta, ta, la palomica!

—No os conozco, madre.

—Yo a ti sí, hija. De haber estado más tiempo en la Corte, sabrías quién soy. Desde la más encopetada dama de la Corte, hasta la última doncella, han menester de mi ayuda.

—Mi padre me espera. Es tarde ya, madre.

—No sea desdeñosa la tortolica. No va a re-

cibir mal ninguno de mi parte. Sin conocerla me siento inclinada a servirla. Bella es la paloma y cándida como el cordero. Repare en el gavilán que ronda en la Corte. Ya muchos galanes perecen por merecer sus favores y muchas damas la odian porque ha venido a ser rival de cuidado. Ta, ta, la doncellica...

—Madre, los corredores...

—Hay alguien noble, apuesto y gentil que bebe los vientos por la palomica. Si ella lo mirara, al menos con benevolencia. Damas nobles lo disputan, pero él sólo ama a la tortolica y morirá de disgusto si ella se muestra esquiva.

—Madre, madre, no puedo escuchar.

—La conoció en la alquería y no vive sino para ella.

—¡Dejadme en paz, madre!

—Que el Espíritu Santo ilumine a la doncella. Ave María purísima. Amén.

Clara Isabel vuela por las lonjas abandonadas, bordea el jardín... Dos sombras se pierden

en la vereda. El marqués barbilindo sella los labios de la dama Lucinda con un beso que chasquea como látigo en la frente de Clara Isabel. Un rayo de luna resbala sobre el cuello del caballo que corona la fuente.

Clara Isabel, toda trémula, se llega a la puerta de su aposento. La lámpara de aceite que alumbra la imagen de la Virgen frente a una hornacina vacila y se extingue.

Las luciérnagas puntean de luz los vanos de la arquería. Un grillo canta lánguidamente su canción bajo el rosal.

XXXIX

La virreina no concurre a la solemne misa de Catedral. Su vientre, cada vez más dilatado, hace presentir la proximidad del parto. Reposa en un amplio sillón de damasco tapizado, con el escudo del virrey al respaldo.

Las damas se turnan a su vera para leer libros de entretenimiento, rezar con ella el rosario por la noche y conversar sobre sucesos de la Corte.

Así ha sabido la virreina de una monja insigne, profesa en el convento de Santa Paula, de la orden de San Jerónimo, que es maestra en toda disciplina. De moza fue doncella de honor en la Corte y en un examen venció a doctores, teólogos, escriturarios y poetas.

Sabía de memoria aquel soneto que dice:

Este que ves engaño colorido,
que del arte ostentando los primores

con falsos silogismos de colores,
es cauteloso engaño del sentido;

92 éste en quien la lisonja ha pretendido
excusar de los años los horrores
y, venciendo del tiempo los rigores,
triunfar de la vejez y del olvido;

es un vano artificio del cuidado,
es una flor al viento delicada,
es un resguardo inútil para el hado;

es una necia diligencia errada,
es un afán caduco y, bien mirado,
es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

Haciéndolo leer una vez más, oyó la virreina que las campanas de Catedral tocaban a vísperas.

XL

La Catedral resplandece como ascua de oro. Lo mejor y más granado de la Corte se reúne en ella. El virrey, desde su tribuna, y bajo baldaquín de damasco y oro, asiste al santo sacrificio de la misa. Damas y doncellas ocupan espacioso estrado. Los galanes de pie, asaetean a las damas con miradas nada devotas. El órgano atruena el recinto con la robustez de sus voces.

Ilustrísimos y reverendísimos señores evolucionan en el presbiterio entre nubes de incienso y reflejos de oro que despiden casullas dalmáticas y báculos refulgentes.

Damas y caballeros visten lo mejor de sus guardarropas. Ahí de las basquiñas y guardainfantes de seda recubiertos de pedrería, ahí de los corpiños de raso y de terciopelo con broches y prendedores de oro, ahí de los encajes de Flandes, de las capas de velludo, de los guantes de

ámbar bordados, de los chambergos de ricas plumas sujetas por joyeles de diamantes, rubíes o esmeraldas, ahí de los collares de perlas que caen gentilmente sobre los pechos erguidos de las damas, ahí de las tizonas de retorcidos gavilanes sujetas al costado de los caballeros por tahalís de brocado guarnecidos de plata.

Escucha Clara Isabel requiebros, mira cruzarse como relámpagos miradas que el deseo caldea, ve billetes que disimuladamente pasan de manos de varón a aristocráticas manos de hembra.

Y ella, ella misma, siente varias veces la mirada del marqués atravesar las sedas que la visten y posarse en su carne desnuda que se estremece como si un hierro enrojecido mordiera en ella.

Encendida en rubor desfallece sobre un cojín a tiempo que el arzobispo, con la custodia de oro irisada de pedrería, bendice a la multitud. Las campanas voltean afuera y los cohetes hienden el aire en ascensión triunfal.

XLI

Ve Clara Isabel deslizarse la procesión, gusano de luz vestido de seda y oro que se arrastra por las calles regadas de flores. De los balcones penden colgaduras y tapices polícromos. Flamean al viento gallardetes y banderolas sobre los nichos devotos que coronan las casas. Lluvia de pétalos cae de los ventanales y de las azoteas bien caldeadas por el sol mañanero, sobre la procesión que se arrastra lentamente, gravemente...

Las fanfarrias de los regimientos, apostados en la carrera, baten marcha triunfal a tiempo que se escapan de las torres de los templos muchedumbre de palomas sonoras.

Y vienen las hermandades y cofradías con flámulas y gallardetes, estandartes y farolas iluminadas, y después los bedeles de la Real y Pontificia Universidad de México con sus trajes talares de terciopelo morado, mangas encarrujadas y

sobrecuellos grandes, caídos a la espalda; los colegiales de San Ildefonso, San Gregorio y San Juan de Letrán; las terceras órdenes con sus cruces...

Y más tarde las comunidades: los frailes mercedarios con su hábito blanco de escudo rojo al pecho; los agustinos de sayal y capa negra, capucha, manguillo y cinto; los benedictinos, negros también; los dieguinos de café y cordón blanco a la cintura; los franciscanos, azules y humildes; los dominicos de hábito blanco, luenga capa negra y gran camándula pendiente al cuello.

Desfila el claustro en pleno de la Universidad.

Llevan los doctores su muceta puesta y la borla en la mano. Mucetas y borlas de distintos colores: blanca para los teólogos, azul para los filósofos, rojo para los jurisperitos y verde para los canonistas.

El Tribunal del Santo Oficio con el estandarte de la fe llevado por el fiscal y los inquisidores de hopas negras y funerales.

Pasa la archicofradía del Santísimo Sacramento. Una custodia bordada en la enseña.

Las parroquias precedidas de sendas cruces y ciriales, el cura revestido de capa pluvial, los vicarios de dalmáticas.

El pertiguero de la Catedral de garnacha blanca y maza de argento bajo el brazo, marcha silencioso y solemne, poseído de la importancia del papel que representa.

Los clérigos de sobrepelliz, los presbíteros de casulla, los diáconos y subdiáconos de dalmáticas, la curia eclesiástica de manteo y bonete.

Los canónigos revestidos prolijamente rodean al arzobispo que bajo palio desaparece, casi, en el mar de seda y oro que lo rodea. Un canónigo lleva el áureo báculo con que el arzobispo apacienta a la grey, otro la mitra resplandeciente, el arzobispo la custodia de múltiples rayos.

Inciensan los monaguillos a Nuestro Amo y de todas las voces graves de los varones, las voces agudas de las mujeres y las argentinas de las campanas se eleva un himno.

—¡Hosanna! ¡Hosanna!

Vienen detrás el virrey y su acompañamiento de gentileshombres. Los graves oidores de vesti-

menta negra y quevedos de carey, los capitanes y ministros, precedidos de pajes del Ayuntamiento de mazas al hombro.

—¡Hosanna! ¡Hosanna!

Frailes, canónigos, clérigos acompañan el caer de las flores con el lento musitar de sus plegarias.

XLII

Después de la procesión todos se reúnen en la sala grande de Palacio, de paredes altas, cortinajes severos y viguería de cedro sostenida por zapatas limpiamente pulidas.

Tibores de China y candelabros de tumbago fundidos en Macao pueblan los rincones. Pajes y lacayos con librea del virrey sirven el refresco en bandejas de plata, dulces salidos de las reposterías de los conventos de monjas, rosquillas, pasteles, yemas, suspiros, aleluyas, alfajores, caramelos rociados con hipocrás que se sirven en copas de regio cristal con base de filigrana de plata.

Ahí el prior de los dominicos discute un intrincado problema teológico con el guardián de los franciscanos. Éste rebate los argumentos de aquél con un arduo sorites informado en las sabias doctrinas del Doctor Sutil, mientras de-

vora rápidamente rosquillas de huevo espolvoreadas de azúcar.

El maestro de prima de Cánones expone a un señor oidor el alcance de la bula recién expedida por el papa y paladea deleitosamente una copa de vino de consagrar.

El señor fiscal del Santo Oficio anuncia, para el mes siguiente, un auto de fe que hará época en los anales de la Colonia. Las damas que lo escuchan sienten rizar su piel por un suave calosfrío, las narices de los hombres se dilatan presintiendo un agradable olorcillo de carne de herejes chamuscada.

El capitán narra, en un grupo de jóvenes imberbes, proezas inauditas acometidas para someter una parcialidad de indios sublevada en lo intrincado de la sierra.

—Hubimos de combatir doce contra tres millares de poseídos del demonio que nos lanzaban flechas, dardos y piedras. Yo mismo batallaba a un tiempo contra quince forajidos que se venían

encima dispuestos a finiquitar mi vida, y estos brazos que se han de comer la tierra tuvieron a raya a los quince y fueron poderosos a vencer a otros tantos si otros se sumaran a los que tan rigurosamente nos combatían.

Los marqueses jóvenes galanteaban a las damas; aquí se oye un madrigal que suspira un labio a un oído sonrosado; allá un bigote se posa sobre una mano blanca; un pañuelo de batista cubre prestamente una boca que sonríe; dos labios gustan hipocrás en la misma copa. A la sombra de un enorme tibor chinesco el marqués ha besado a Lucinda en la nuca...

XLIII

—¡Señor conde!

—Señora mía. Desde que fuimos amigos en el silencioso retiro donde moraba vuesa merced, no había tenido el honor de saludarla.

—Obra de unos cuantos días que sirvo a mi señora la virreina.

—Asimismo, ha poco que informo en la Audiencia y los graves negocios que en ella se ventilan me han impedido, tan siquiera, un instante de solaz.

—Y ¿está contento vuesa excelencia en la Corte?

—Puede vuesa merced, señora mía, considerar que vivo tan apartado de ella porque la vida en ella pláceme poco. Huí de la metropolitana porque en ella todo retraimiento era imposible. Vinieron a menos mis viejos dominios en Castilla y hubieron de pasar a otras manos las

últimas migajas de la herencia que me dejaron los antepasados. Locuras de juventud aventaron las cenizas de mi hacienda a otros rumbos

que los míos, y aquí tiene vuesa merced a este oidor de la Real Audiencia de la Nueva España, cargado de años y de desengaños, recluido siempre en un estudio donde hojea procesos en los que toda miseria tiene acomodo, viendo de alcanzar, en la meditación, la serenidad que ha menester su alma en el tránsito final.

Un silencio austero se hace entre el viejo y la doncella. Después, el oidor continúa:

—¿Y vuesa merced, señora mía? La veo más pálida y más enflaquecida que cuando la conocí en el campo.

—El aire de la Corte sienta mal a mi cuerpo.

—El aire de la Corte aniquila también las potencias del alma.

—Quise, señor conde, saber de la ciudad. Imaginábamela cosa distinta de lo que es. Ciudad fantástica, ciudad maravillosa, ciudad única...

—Y la encuentra vuesa merced sucia, vulgar, podrida en las entrañas. Es joven y ya seminario de vicios. Se entrega como cortesana al recién venido. Todo eso que mira vuesa merced, oro, sedas, terciopelos, tafetanes y brocados, encubre cuerpo muerto que ya hiede. Malos vientos nos soplan de España...

—Vine a ser útil a mis semejantes, vine con ansia inextinguible de saber y de amar.

—Y añoráis las tardes plácidas de la alquería y las mañanas envueltas en un manto de luz y los campos florecidos de amapolas y la campanita de plata de la iglesia.

—Las horas tranquilas de mi niñez sin preocupaciones ni ahogos. Las horas de ternura que pasaba al lado de mi padre. En tanto que aquí...

—El demonio acecha por todas partes, la tentación nos cerca y es menester combatir sin momento de tregua.

—De aflicción se llena el espíritu. No puede comprender vuesa excelencia, señor conde, la

melancolía que ensombrece mi ánima y el dolor que desgarra mi corazón.

—Halle vuesa merced fuerza en su propia aflicción y viva.

A lo lejos, en el hueco de un vano y media oculta entre cortinajes, se columbra la figura magra y amarillenta del doctor Castorena y Ursúa, que agita lentamente las manos, y los quevedos de don Carlos de Sigüenza y Góngora reflejan los rayos del sol sobre la tersa superficie de un espejo veneciano que cuelga de la pared.

XLIV

¡Pasa la mascarada!

Pasa la mascarada al son del dulce y melancólico modular de las chirimías, al sonoro clangor de los clarines y al ronco redoblar de tambores y atabales.

Pasa la mascarada, reguero de oro y pedrería en medio de las muchedumbres hambrientas y desnudas.

¡Pasa la mascarada!

Ahora viene un rey de armas, caballero en regio alazán engualdrapado. Viste el rey de tafetán carmesí bordado de oro, sus espuelas son de plata y la garzota del sombrero se afianza por un joyel de rubíes.

Ahora, muchedumbre de indios, cabeza hirsuta, rostro moreno, envueltos en mantas de varios colores y dibujos.

Un escuadrón de caballeros águilas y caballeros tigres marcha al fúnebre son de un teponaxtle y preceden a los viejos emperadores de estos reinos: Acamapichtli, Huitzilihuitl, Chimalpopoca, desnudos y miserables, Ahuizotl todo embijado de sangre. Moctezuma, resplandeciente de luz y soberbio en su atavío de plumas, mantas y piedras preciosas embutidas en oro.

Doce pajes sostienen las andas, doce indias le ofrecen perfumes, doce ancianos lo sahúman con copal.

Una cuadrilla de garzones españoles muestra la destreza de los que la forman en difíciles ejercicios de equitación.

Y pasan los tercios invencibles del emperador Carlos V de rojo y gualda vestidos, con botas y coletos de ante, yelmos y corazas de acero, empuñaduras de plata.

Los que conquistaron estas tierras, caballeros en tordillos, alazanes y overos.

Ahora viene el valeroso don Hernando seguido de sus lugartenientes, Alvarado, Olid, Ordaz, Ponce de León, y los soldados que cumplieron la maravillosa aventura preceden al César Carlos V, único en su poder.

Y luego los capitanes que extendieron el dominio de España en otros reinos, don Gonzalo Fernández de Córdoba, don Alejandro Farnesio y también don Juan de Austria, quebrantador del poder del turco.

Tras los héroes reales, los imaginarios, los forjados en noches de delirio bélico o místico, los hechos con sangre y carne de la raza, los hijos de la tradición, los nacidos de punta en blanco del cerebro de algún escritor famélico poseído de furor genial.

Amadís de Gaula, Palmerín de Oliva, Félix Marte de Hircania y tras ellos el nunca bien ponderado caballero don Quijote de la Mancha sobre los escuálidos lomos del buen Rocinante y seguido de cerca por su fiel escudero Sancho.

Tras el cortejo de iluminados, de valerosos, de conquistadores de mundos o de emperadores de ensueño, aparece el carro de la fe tirado por seis hermosos caballos blancos empenachados. Corona la fábrica la figura blanca y resplandeciente que emerge de un mar de gasa que finge nubes. Niños desnudos con alas de pluma rodean a la figura excelsa inspiradora de grandeza, musa de artistas, señora de capitanes y pobladora de mundos. De la cruz y del cáliz de oro parten raudales de paz que apaciguan las ansias del pueblo.

El poniente espolvorea áureo polen sobre el vellón inmaculado de un cordero que en otro carro pasea su mansedumbre simbólica por las calles de la ciudad teñidas de violeta en la hora de paz que precede a la noche.

Tañen las campanas de los templos y la muchedumbre se prosterna ante el cordero que pasa, de vellón blanco y ojos poblados de infinito...

XLV

Clara Isabel presencia el paso de la mascarada con que celebran el Corpus los estudiantes de la Universidad, desde un balcón de Palacio.

Ha quedado a la vera del virrey, que ha conversado con ella toda la tarde.

La conversación del excelentísimo señor ha sido varia. Ha parlado muchas cosas. Salta de un tema a otro y de esta frase a aquélla. No hay ilación ni unidad en su discurso. Juguetean sus manos con los finos guantes de ámbar hasta destrozarlos.

El señor virrey se siente tímido como colegial en presencia de mujer, y por ello habla; habla interminablemente de cosas leves, sin ilación ni unidad.

Sus ojos se divierten contemplando a la doncella más que en el místico desfile que pasea su magnificencia por las polvosas calles de la ciudad.

Sus ojos devoran la hermosura plácida de la doncella y la acribillan a dardos inflamados en amoroso fuego.

La doncella no acierta a responder. Envía miradas de socorro a sus amigas Mencía y Beatriz que no reparan en ellas. Leonor sonríe y Lucinda ensaya una mueca desdeñosa a su galán que lo es ahora un condesito rubio, emperifollado y lindo.

Pronto un raro bochorno anula la acción de Clara Isabel. Sus mejillas arden y un terrible dolor le atenaza las sienes. Las figuras de la mascarada danzan ante ella los pecaminosos pasos de una zarabanda infernal. Suben, bajan, se entreveran los colores, y los sonidos se trucan en un monótono zumbido que martillea en su cráneo.

Pide permiso para marcharse.

El virrey se levanta y posa cortésmente sus labios sobre la mano blanca y temblorosa de la doncella.

Clara Isabel ha sentido un dulce bienestar.

Mencía y Beatriz bajan púdicamente los ojos, Leonor sonríe y Lucinda pronuncia entre dientes una palabra que hace reír afanosamente al condesito rubio, emperifollado y lindo que por esa tarde ha sido su galán.

XLVI

El hidalgo yanta solitariamente la humilde co- 115
lación de la noche que la esclava negra, bajo la estricta vigilancia de la dueña, le ha preparado.

Silencioso paladea apenas los bocados y bebe, tan sólo, un trago de vino añejo.

Ha enflaquecido y su rostro es más severo y más grave. Un velo de melancolía parece ensombrecerlo.

Clara Isabel ha llegado toda enrojecida esa tarde y al ver a su padre dobla la rodilla, besa la mano del viejo y llora.

El hidalgo teme adivinar lo que esas lágrimas significan, clava sus ojos en los de ella y los ve serenos, límpidos.

No quiere saber más.

Ordena a la doncella que pase a su aposento y repose.

Se hace servir la humilde pitanza de la noche

y, con un leve gesto de fastidio, ataja a la dueña la conversación que inicia sobre cuentos de palacio.

116 Y al sonar el toque de queda, el hidalgo se recoge también con una grande pesadumbre en su espíritu.

XLVII

En su blanco lecho de virgen, hasta ahora horro de tentaciones, Clara Isabel duerme un sueño agitado. 117

La procesión que ha visto pasar de mañana; el marqués que la desnuda con miradas de deseo; los estudiantes de la mascarada que se mezclan a las respetables dignidades de la procesión.

El marqués en hábito de emperador de indios seguido de extraña cohorte que se acerca, ululando a la tribuna que ocupan las damas en una aislada plazoleta.

Lucinda dibuja un gesto obsceno al condesito que la acompaña y el condesito la muerde en la boca.

Mencía y Beatriz bailan la zarabanda con el emperador Carlos V y el capitán don Hernando.

Una faz amarillenta, como de marfil, con dos líneas de carbón a guisa de cejas y una raya de

tizne por bigote, se acerca a la doncella y pone en su mano un beso suave, aterciopelado y gentil.

El marqués se lanza sobre la doncella. Clara
118 Isabel ve unos ojos encendidos sobre sus ojos, unas manos crispadas sobre su carne, unos labios que sellan los suyos, un cuerpo que cubre a su cuerpo, desnudo y palpitante.

Despierta estremecida de pavor. Las ropas del lecho yacen en desorden, sudor frío corre por sus sienes y pega el cabello a los aladares, fauces secas, manos crispadas y una extraña laxitud que se ha apoderado de sus miembros...

XLVIII

Se levanta quedo, abre el cajón de un armario de nogal, toma un cilicio de aguzados alfileres y lo ciñe a sus carnes.

Se arrodilla en el reclinatorio forrado de cordobán e implora.

—¡Madre del Amor hermoso, Madre del Divino Verbo!

"¡Líbrame de tentaciones y apártame del mal!

"He sido complaciente con la carne y estoy a punto de perderte, madre mía.

"He sentido placer en el escuchar y en el ver y he llegado a permitir que labios varoniles besen mi mano. No sería pecado si no hubiera sentido en ello placer.

"No me he apartado del camino de los hombres y los he hecho pecar. Soy más culpable que ellos porque he consentido en fingir.

"¡Madre del Amor hermoso, Madre del Divino

Verbo, dame fuerzas para triunfar! ¡Quiero separarme horrorizada del pecado abyecto, del pecado ruin!

120 ”¡Quiero ser blanca y pura como tú!

”¡Horror al hombre, horror a las solicitaciones torpes de la carne!

”Quiero morir virgen, virgen, como tú.

”Consagrarte el más preciado tesoro de mi cuerpo y de mi espíritu.

”¡Virgen de las vírgenes, Virgen veneranda, Virgen prudentísima…!”

La voz de la doncella se hace débil y desfalleciente. Por sus flancos corren los hilillos de sangre que ha hecho brotar el cilicio, bajan por los muslos y salpican el cordobán del reclinatorio.

Una luz suave, purísima, celestial, vibra en la alcoba. Clara Isabel permanece en éxtasis.

XLIX

Muy de mañana corre a casa de la tía doña So- 121
ledad Suárez de Figueroa y Souza, acompáñala la dueña por las calles pobladas de gente en el trajín de la ciudad que despierta.

Cáscaras de fruta, papeles multicolores, todo linaje de basura cubre la carrera. Restos de la festividad de la víspera. Los transeúntes parecen deambular perezosos por las calles, los portalones de las casas se abren en un enorme bostezo, las tiendas permanecen cerradas.

El día amanece encapotado y gris, gruesos goterones caen a poco sobre las torres inconclusas de la Catedral, sobre la plaza, sobre la ciudad. Corren los paseantes a asubiarse bajo los soportales de Mercaderes y del Cabildo. Una honda tristeza tiñe de gris las fachadas de las casas y pule el terciopelo de los entrepaños de tezontle. Comunidades enteras de frailecitos

de agua van en procesión por las baldosas de las aceras y de las gárgolas caen interminables chorros sobre las acequias.

Los alabarderos que montan la guardia se guarecen en los garitones. Por las arpilleras sale un tufo de alcohol y suciedad.

Clara Isabel sacude el manto perlado de agua, se sienta frente al altar de la Virgen y conversa, a solas, con la tía.

Al terminar el relato doña Soledad dice a la sobrina que su ánima "corre propincuo peligro de perderse para siempre jamás".

Que vea mucho en la honestidad de su persona y que abandone presto todo trato con el mundo. Ella podrá fácilmente buscarle acomodo en alguno de los conventos de la ciudad: la Concepción, Santa Clara, Santa Catalina, Balvanera.

Ahí estará tranquila y a salvo de las solicitaciones del demonio, del mundo y de la carne.

Más vale poner remedio a tiempo que esperar a que se consume la perdición.

Enciende después una cera a Nuestra Señora y con los ojos fijos en un punto lejano continúa:

—Te veo arrebatada por un torbellino hacia una sima insondable y negra. Veo disputar tu cuerpo por dos hombres y a tu alma combatir por conservar intacta su luz.

"Veo brillar la estrella sobre todas las cosas del mundo.

"Conservarás, a pesar de todo, tu virginidad merced a la ayuda de Nuestra Señora, para ello habrás menester luchar contigo misma."

De pronto la de Suárez de Figueroa palideció intensamente, aguzáronse los rasgos de su faz y prorrumpió en un grito:

—¡Veo sangre, veo sangre, un lago de sangre y dos espadas que se cruzan en la noche!

L

Sale el cortejo de la Santa Inquisición. 125

Va el virrey a la cabeza y a su derecha mano el inquisidor más antiguo, y a su izquierda el menos antiguo; luego los oidores por sus precedencias, y entre los oidores el señor conde, con su cabeza blanca y su perilla de plata sobre la valona; después los alcaldes de Casa y Corte. El fiscal de la Inquisición con el estandarte de la fe: "*Exurge, Domine iudica causam tuam*" y dos caballeros de hábito que llevan las borlas, y luego los demás oficiales, ministros y comisarios de dos en dos "porque en ala parecen mal", y el alguacil mayor de la Cancillería con sus tenientes delante y con él el capitán de la guardia, y comienza el cabildo eclesiástico y las órdenes y la Universidad y las escuelas...

Y al llegar toman asiento en el tablado, al centro, bajo un baldaquino de peluche negro con el escudo de su majestad, el tribunal, y a la

derecha, en sillas de nogal y cuero sin adorno ninguno, el acompañamiento del virrey, y su excelencia reposa sobre cojines de terciopelo pues-
126 tos en el asiento y en los pies.

A la izquierda las damas. La virreina no asiste por esperar alumbramiento. Clara Isabel, Leonor y Beatriz abren los ojos sorprendidos y temerosos en la gloria de la tarde que alegra la austeridad del espectáculo.

Ya están sentados los reos en las gradas que corona la cruz verde de la Inquisición. Los unos llevan sambenitos aspados, los otros con llamas y diablos, la coroza es de lo mismo, y llevan atada al cuello una soga con tantos nudos como azotes deban sufrir; todos portan una vela verde encendida, en la mano.

Hay mujeres viejas de cabeza desgreñada, nariz de pajarraco y catadura de celestinas; las hay jóvenes y lozanas, de palidez mate y ojos agrandados por el terror; las hay casi niñas, envejecidas prematuramente en los rincones de la secreta.

Los hombres son, asimismo, de diferentes edades y condiciones: viejos judíos de ojos pequeños y rapaces, mocetones robustos e insolentes. Ahí un infeliz pasea su mirada imbécil por los ámbitos del tablado; allá otro reta a las muchedumbres agolpadas en las azoteas y balcones de las casas vecinas. Éste no confesó presto y ha perdido el movimiento de un brazo en el potro; aquél prorrumpe en aullidos y atroces blasfemias, y ha sido menester amordazarle; una bruja negra sonríe desvergonzadamente mostrando una ringlera de dientes blancos; una morena, con cálida sangre moruna en las venas yergue, bajo la tela tosca y amarillenta del sambenito, dos pechos duros, de pezón que pugna por mostrarse fuera.

El señor fiscal, sentado frente al inquisidor mayor, su sitial sobre una peana de seis dedos de altura, ordena a los ministros den principio a la lectura de las causas. Y desde dos tribunas y a turno, los ministros solfean monótonamente uno tras otro los procesos.

Los reos llamados se adelantan a otra tribuna levantada al efecto, y desde ella, a la vista del enorme concurso que presencia la fiesta, estólidamente escuchan sus sentencias.

Clara Isabel se estremece de asco y de horror al aprender los delitos que cometieron los acusados.

Frailes apóstatas y amancebados con mujer; negros casados dos o tres veces; hechiceras que preparan filtros para obtener el amor y bendicen el agua diciendo la oración de señor san Julián: "que echó suertes en el mar y que si buenas las echó, mejores las sacó"; judíos observantes de la muerta ley de Moisén; hombres que pactaron con el demonio su condenación para lograr el amor de sus coimas; brujas que celebraban ritos horrendos en las noches del sabbat...

Es bien entrada la noche y los ministros leen aún los procesos y fulminan condenaciones sobre los reos a la luz rojiza de las antorchas que iluminan trágicamente la escena.

Sobre tanta podredumbre la noche prende purísimos brillantes en el terciopelo de su manto imperial.

LI

Tres días después salen los reos a cumplir sus penitencias. Los condenados a vergüenza pública, y a azotes, caballeros en asnos de torpe caminar, con medio cuerpo desnudo, reciben en la espalda los latigazos que el verdugo menudea a su lado.

Torsos velludos de hombre que contraen sus músculos a cada mordida de las correas; torsos amarillentos y flacos de mujer que muestran en la espalda rayas lívidas, que se truecan en escarlatas y azules, por delante los pechos flácidos caen en ambos lados del pescuezo del animal; torsos robustos y bien hechos de mujer, con senos duros y orgullosos, que sangran por los flancos, finos hilos bermejos sobre las ancas del paciente asno que, cansinamente, se abre paso entre la multitud.

Los rapaces del arroyo lanzan piedras y lodo al paso de los penitenciados. Los hombres aprietan los puños y las mujeres les escupen maldiciones:

—¡Perros judíos! ¡Perros judíos!

Vencen los alaridos de los supliciados, particularmente los penetrantes de las mujeres al ulular de la muchedumbre que presencia el paseo, cada vez que el látigo señala un surco en las carnes tumefactas. Y el látigo muerde cincuenta, cien, doscientas veces implacablemente.

Tras los postigos de una ventana, Clara Isabel y Beatriz ven pasar el cortejo. Lucinda muerde sus labios de deseo...

En la alcoba contigua, la señora virreina responde a los gritos de las fustigadas con un lamento que se convierte por instantes en alarido desgarrador.

Las campanas de Catedral, la María de Guadalupe y la Ronca tocan a parto.

LII

Es un parto difícil y doloroso. Las mejores co- 133
madronas del virreinato y los médicos más sabios de la Universidad intervienen en él.

Nobles matronas acompañan a la paciente y para darle fuerzas nárranle historias de casos más difíciles y dolorosos aún. Y encienden una vela a la santa abogada del buen parto.

El virrey, más pálido que nunca, pasea agitado por los aposentos vecinos. Un oidor, el más viejo de la Audiencia, le acompaña en el paseo aconsejándole tranquilidad con la voz monótona y desapacible que le sirve en el tribunal.

Van y vienen lacayos con jofainas llenas de agua, frascos de ungüentos, aceites olorosos y lienzos limpios.

Las doncellas, sobrecogidas de terror al escuchar el alarido de la virreina, se prometen no parir jamás.

Clara Isabel medita en lo doloroso del trance que es venir al mundo, y cómo la cadena de dolores se eslabona de la cuna al sepulcro sin tener instante de tregua. En esos instantes su simpatía es para el virrey, asimismo, que pasea, sin escuchar el sermón del oidor más viejo de la Audiencia.

Y comienza a comprender que esa simpatía va más allá de lo que es permitido tener a un hombre casado y en momentos de ser padre, y se arrepiente de tenerla como de un mal pensamiento, y se propone arrancarla de su corazón como a hierba dañina.

Escúchase el vagido de un niño y, al propio tiempo, la María de Guadalupe y la Ronca repican más fuerte.

LIII

Nunca en bautizo de infante hubo en el virreinato mayores fiestas. Participaron en ellas pobres y ricos. Los pobres tuvieron cucaña en las plazuelas y buen acopio de maravedís repartidos en la portería de Palacio. Los conventos aumentaron la ración de sopa boba que daban a los mendigos.

Los ricos fueron invitados al suntuoso bautizo en el Sagrario, después a correr la sortija y a romper cañas en el palenque del Volador, por la noche al sarao en los salones de Palacio.

Fueron padrinos del infante el oidor más viejo de la Colonia y su mujer, la más vieja de las damas de Corte, y puso el óleo y la sal y derramó el agua el ilustrísimo señor arzobispo de México, quien apellidó al niño Carlos Augusto, en memoria de su majestad.

LIV

Desde temprano las graderías y tribunas, lumbreras y balcones levantados en la plaza del Volador, se ven concurridos por una muchedumbre abigarrada y lujosa. Las damas compiten entre sí en belleza y garbo, los caballeros en suntuosidad y comedimiento. Salen a relucir los trapitos de cristianar cuidadosamente conservados en cajas de alcanfor.

La tarde es de oro.

La señora virreina, todavía pálida, aunque muy gentil, aparece en el palco acompañando a su marido.

Una cortina de damasco rojo con el escudo de su majestad, cubre el antepecho del palco, sobre ella las manos de la virreina parecen más finas, elegantes y discretas.

Las damas de honor y los gentileshombres de cámara se acomodan en los palcos vecinos.

Un rey de armas da la señal lanzando al viento las áureas notas de su clarín.

Corren primero la sortija diez caballeros
138 galanamente vestidos y tocados con garzotas de diversos colores en el sombrero. Sus trajes son de terciopelo y seda bordados de oro, sus espuelas, pretales y estriberas de plata.

Cada uno muestra singular donaire al pretender ensartar las sortijas que cuelgan de listones de seda en una maroma enflorada.

Pasan y repasan los gentileshombres por frente a las tribunas de las damas, alardeando destreza en el manejo de los caballos que hacen corvetas vistosas y bracean elegantemente en la arena.

Termina el ejercicio cuando sortija ninguna pende ya de la maroma.

La señora virreina extiende su diestra pulida y, en los cinco pétalos de esa flor, cada uno de los caballeros deposita el alma en un beso.

LV

Viene después el torneo de cañas. Cuatro cuadrillas de gentileshombres aparecen en la liza. Los caballeros de la una visten de verde; los de la otra, de blanco; los de la tercera, de carmesí; los de la cuarta, de negro, y conforme son los colores de cada uno, así las plumas y jaeces, y de joyas sendas esmeraldas, perlas, rubíes y azabaches.

Y por capitán de cada cuadrilla un caballero noble: el marqués ordena la negra y está garboso en su traje de terciopelo adornado de abalorio. En las rodelas de cuero que embrazan, los caballeros han escrito su mote y el de la adarga del marqués reza así:

Disputo a un superior
la posesión de mi amor.

Al verlo, cuchichean las damas, sonríe Lucinda y se abren de par en par los ventanales que por ojos tiene Beatriz. Clara Isabel está a punto de desmayar.

El virrey siente dilatarse de rabia su pecho e inconscientemente lleva la diestra a la empuñadura del estoque.

Cambian las lanzas por flébiles cañas los cuadrilleros y se arremeten de dos en dos. Chocan los caballos y sobre el cuero de las adargas las cañas se hacen astillas.

LVI

—¿Por qué serán los hombres ansí? Señor. ¿Qué mal les ha causado esta pobre sierva tuya para que tan sin consideración la traten? ¡Señor, Señor, ten misericordia de mí! Que no ataquen mi honra ni despedacen mi vida. ¿Qué hice, Señor, para merecer la afrenta desta tarde?

"Confieso, Señor, que soy débil e indefensa mujer. Confieso que el demonio ha solicitado mi carne con tentaciones odiosas. Confieso que no he abandonado presto, como debiera, juicios temerarios ni malos pensamientos; pero creo no haber dado lugar a los hombres para proclamar a los cuatro vientos mi deshonra.

"Señor, Señor, no quiero ser motivo de reyertas en la Corte. No quiero ser señuelo de concupiscencias, ni origen de discordias. Si es que tú adornaste a mi persona con los atributos de la belleza y de la gracia, haz que éstos desapa-

rezcan si han de ser causa de perdición y motivo de pecado para los demás.

"Dame fuerzas para resistir y para perdonar.
142 Que no flaqueé mi voluntad y caiga, que mi entendimiento encienda su luz para ti, y sólo para ti, Señor.

"Estoy atribulada y triste. De aflicción se llena mi espíritu y mi alma está a pique de rendirse y desfallecer.

"No lo permitas, Señor. Hazme sorda al halago del poderoso y al insulto del torpe, y dame fuerzas para perdonar.

"¡Padre nuestro que estás en los cielos...!"

Esto murmuraba entre dientes la doncella, puesta de hinojos ante el altar de Jesús en la capilla de Palacio. La lamparilla del sagrario parpadeaba y las campanas de los templos tocaban a oración.

LVII

—Ta, ta, la palomica.

—No tengo tiempo de escuchar, madre.

—¿Ni aunque vaya de por medio la vida de un hombre?

—No tengo nada que ver con la vida de los hombres.

—Hay alguien amenazado de muerte.

—Habranle puesto en ese trance su imprudencia y su osadía.

—Aún es tiempo de evitar el daño, mi hija.

—No puedo hacer nada, madre.

—Será muerto esta noche por los criados de un noble señor...

—No quiero saber de nadie, dueña.

—Al llegar al portalón de su casa, en la calle de Balvanera...

—Déjeme la dueña, que tendré de acusarla con mi señora la virreina.

—De pechos cristianos y bien nacidos es el pagar mal con bien, perdonar la injuria y salvar al enemigo del peligro en que está de perecer.

—Embaidora es la dueña.

—Estas orejas han oído los tratos de la conspiración y un criado amigo me ha acarreado el soplo.

—¿Y por qué la dueña no advierte al amo del grave riesgo que corre su vida?

—Porque mi señor ha llegado a Palacio y anda perdido en los salones en donde la madre no ha osado entrar.

—De todas suertes, sálvese él si peligra, que yo no puedo advertirle.

—En manos de la palomica pongo la vida de mi señor.

—Calle, calle, que yo no he de hacer nada por él.

—Conozco el corazón de la cordera y sé muy bien que no ha de poder con el peso que la muerte de mi señor ha de traerle. Sus ma-

nos se teñirían de sangre y un atroz remordimiento acibararía su vivir.

—Calle, calle la dueña.

—Piense la paloma en la responsabilidad que se le viene encima y cómo se ahuyentará el sueño de sus noches y no tendrá reposo en su vagar.

—¡Madre, madre...!

—Cuando todo puede ser remediado por una sola palabra suya. Por no perdonar no será perdonada y la cólera del cielo vendrá sobre sí.

—¡Oh! ¡Oh!

—Yo sólo busco la salud de mi hija y muera yo de mala muerte si otra cosa procurara. Quede con Dios mi hija, que habrá tiempo para meditar.

—Vaya tranquila la dueña, que pediré a Dios por la salud del marqués.

—Dios se lo premie, hija.

Vase haldeando la dueña por los corredores en penumbra. Claquean sus calcañares sobre las baldosas pulidas, a compás de las cuentas de la camándula que chocan entre sí.

Clara Isabel, henchida de angustia, enclavija las manos y pide:

—¡Paz, paz a mi espíritu, Señor!

LVIII

Los salones de Palacio resplandecen. Brillan en mil luces las arañas colgadas de la techumbre de cedro, y los candelabros que adornan los rincones. Espejos venecianos reproducen al infinito las escenas del sarao.

Las damas visten sus mejores galas. Las viejas parecen mozas y las mozas niñas; peinan sus cabellos en complicada arquitectura e inflan sus guardainfantes, apretando, asimismo, la cotilla. Algunas llevan redecillas de perlas como tocado y pequeños diamantes sobre los bucles que en cascadas paralelas caen a los costados. El raso, el terciopelo, el tafetán, el brocado envuelven en sus pliegues adorables cuerpos de mujer o venerables ruineras de otros tiempos.

En las mejillas pone tintes arrebolados la sabiduría de un discreto carmín. Los ojos navegan en sombras por un bello alarde de tocador,

los chapines y las zapatillas se deslizan armoniosamente sobre regios tapices de Florencia o de Génova al compás de una orquesta

de violines que apaciblemente toca en un rincón viejos aires españoles.

Las mujeres murmuran en amplio parloteo. Los hombres forman corrillos. Acá los graves, los sesudos doctores de la Universidad, inquisidores, guardianes de convento, discuten y comentan las últimas noticias venidas de España en la flota arribada a Veracruz.

Allá los jóvenes marqueses, condes e hijosdalgo ricos cuentan aventuras galantes y miran de soslayo a las damas. Han vertido esencias de olor en sus cabelleras rizadas, en sus guantes de ámbar y en el fino e incipiente bigotillo que sustituye al mostacho.

El marqués, en otro grupo, es asediado por damas que aplauden la inmensa osadía de aquella tarde. Para todas tiene una mirada y una sonrisa, para algunas un madrigal...

La entrada de los virreyes produce grande revuelo. Todos se precipitan a besarles las manos. Se agrupan en torno a ellos, los acosan a preguntas y les disparan, además, letanía de buenas intenciones.

Entonces la sotana y el manteo de un jesuita se hermanan con el guardainfante azul floreado de oro de una dama y el ferreruelo y la golilla de un oidor con el hábito blanco de un dominico y el brocado rojo de un corpiño con la hopa de un inquisidor.

Las parejas se disponen a bailar una gallarda. El virrey hace reverencia a su comadre, la más vieja de las damas de la Corte. Las plumas de los chambergos besan el tapiz, los labios sonríen y las manos se tocan, suavemente, por las puntas de los dedos…

LIX

Clara Isabel presencia la fiesta desde un rin- 151
cón, a la vera de su padre. El hidalgo está más viejo y más decaído que nunca. Sus piernas hinchadas lo arrastran con dificultad y ha menester de un grueso bordón para sostenerse.

Nunca Clara Isabel ha visto tanta copia de gente elegante reunida que converse, murmure, se refresque o dance siempre gallardas, alguna alemana, nunca la zarabanda o el pie gibao que se bailan por ahí.

Pasan ante ella las parejas murmurando palabras de amor o de cortesía.

El virrey se detiene un instante para cumplimentar al hidalgo y encarecer el donaire de la doncella ahora vestida sencillamente de rosa y con una perla de precioso oriente perdida en el oro de sus cabellos.

El señor conde viene también y se enreda con el hidalgo en una discusión grave sobre el posible incremento del "matlazahuatl" hasta trocarse en epidemia, dados los numerosos enfermos recogidos en el barrio de la Merced.

Los salones llenos, la mezcla de perfumes, el ir y venir de las muchedumbres consteladas de oro y pedrería llevan al espíritu de la doncella un malestar que se agrava por instantes.

Pasea los ojos por los ámbitos del salón pretendiendo descubrir al marqués, y el marqués parece huir de la mirada ansiosa de la doncella.

Y la noche avanza implacablemente.

En la plaza, la muchedumbre se agolpa frente a los ventanales de cuarterones iluminados de Palacio. De cuando en cuando los cohetes riegan de lumbre el firmamento. Los chicos aplauden y los grandes sonríen a la cascada de chorros amarillos, verdes y rojos que caen sobre la Catedral.

En el brillante vano se recorta, a veces, la silueta obesa de un fraile motilón o el encanijado pergenio de un arbitrista.

En el salón de comedias, los representantes del Coliseo divierten a la Corte con los *Lances de amor y fortuna*, de don Pedro Calderón de la Barca.

LX

Al terminar la comedia Clara Isabel dice a su padre: 155

—Padre, no puedo más, me ahogo. Permítame vuesa merced salir un momento al jardín. He menester aire fresco para respirar. La noche está clara y es un pecado no disfrutar de la serenidad de las estrellas. Antes de media hora estaré con vuesa merced. A esa hora la señora virreina se habrá recogido también. Leonor, que se aparece por ahí, me servirá de compañía.

—Vaya mi hija en paz con la dama Leonor, que me encontrará aquí disfrutando del placer que me proporciona la plática del conde mi señor.

Clara Isabel ha descubierto, por fin, al marqués que abandona los salones. Corre tras él precipitadamente, esquivando el encuentro de damas y caballeros, bordeando corrillos y saliendo al frescor de la noche toda constela-

da de luceros tras la sombra del marqués, que recorta la luna en las paredes blancas de los corredores.

LXI

—¡Señor, señor!

—¡Qué grata sorpresa, Clara Isabel!

—¡Señor, señor!

—No esperaba ser honrado con el seguimiento de una dama de vuestros merecimientos, hasta el apartado recinto del jardín.

—Un grave mal os amenaza.

—Como no sea el sentirme atravesado por los dardos que disparan vuestros ojos.

—¡Oh! ¡Oh! No es el instante para desaprovecharlo en inútiles cortesanías.

—¿Grande es el daño que amenazáis?

—De muerte.

—Para conjurarlo llevo mi estoque al cinto.

—No basta.

—¿Maldición del cielo, entonces?

—En la puerta de vuestra casa manos arteras os atacarán por la espalda.

—¡Bah! Llevarán su merecido los follones.

—Marqués, cumplo en preveniros.

—Y yo agradezco el aviso. Y podríais decir-
158 me, ¿cuál es la causa del mal?

—La imprudencia de esta tarde.

—Fue fruto de amor. De ella no me arrepiento.

El marqués mira codiciosamente a la doncella, la doncella, encendida en rubor, se mira sola. La sombra de los árboles es más negra que nunca. El viento trae un eco lejano de violines que tocan un aire español.

—Clara Isabel, pienso que es inútil imaginar peligros de muerte cuando mis ojos y mi boca y mi alma toda han muerto ya por vos.

—No es el momento, excelencia...

—¡Oh! Lo he deseado siempre, lo he deseado con todas las potencias de mi ánima. Recordad, señora, las palabras que os dije en la alquería. Encendisteis vos en mi pecho la hoguera y ésta se ha convertido en incendio que amenaza aniquilarme en sus llamas. Por vos, Clara Isabel, estoy

dispuesto a romper lanzas con grandes señores y poderosos caballeros. Por una mirada de vuestros ojos, por una sonrisa de vuestros labios, seré capaz de remover de sus cimientos el mundo.

—Marqués, dejadme...

—La hora es propicia, el ambiente tibio, la noche serena.

—Dejadme, dejadme…

—Perfuman los rosales… suenan los violines a lo lejos...

—¡Marqués, por caridad!

El temor paraliza sus miembros. No puede articular palabra. El marqués se lanza sobre ella. Ella grita y lucha. Las manos del caballero rasgan el corpiño de seda rosa y sus labios se posan como brasas en el cuello desnudo de la doncella.

Clara Isabel desfallece.

Como en sueños ve a un hombre saltar sobre el marqués, oye el ruido de dos espadas que se cruzan, siente un cuerpo caer sobre el césped. Una cortina roja cubre la escena.

Después, dos brazos robustos la levantan y una faz amarillenta, con dos trazos de carbón por cejas y uno de tizne por bigote, acerca sus labios a los labios de Clara Isabel, que han perdido la color, y pone en ellos un beso fugaz.

La doncella se sumerge en la paz infinita de la noche.

EPÍLOGO

En el convento de Santa Clara

—Prudentes vírgenes, preparad vuestras lámparas, he ahí al esposo que viene, aprestaos a recibirle.

El sacerdote bendice el velo de Clara Isabel colocado en una fuente de plata.

—Ven, hija mía, y óyeme, que yo te enseñaré el santo temor de Dios.

Y las manos blancas y transparentes del sacerdote dibujan una cruz sobre la cabeza de Clara Isabel prosternada.

—Yo, Clara Isabel Suárez de Figueroa y Souza, prometo a Dios y a la bienaventurada siempre Virgen María, a santa Clara y a todos los santos y a vos, madre abadesa, de vivir bajo la regla todo el tiempo de mi vida, en absoluta obediencia, sin nada propio, en castidad y también bajo clausura.

Las voces suaves de las hermanas cantan la letanía.

—Llega, esposa de Cristo, y recibe la corona
162 que Dios te tiene preparada desde la eternidad.

—Porque conmigo va el ángel del Señor que custodia mi cuerpo.

—Llega, esposa de Cristo, y recibe la corona que Dios te tiene preparada desde la eternidad.

—Desprecié el reinado del mundo y las pompas del siglo por el amor de mi señor Jesucristo, a quien vi, a quien amé, en quien creí y a quien hice objeto de mi predilección.

—Llega, esposa de Cristo, y recibe la corona que Dios te tiene preparada desde la eternidad.

—Sierva soy de Cristo y, por tanto, le serviré como esclava.

—Recibe el anillo de fidelidad, prenda distintiva del Espíritu Santo, para que seas llamada esposa de Dios, si limpia y fielmente le sirves.

—Mi señor Jesucristo, con este anillo, me ha dado seguridades de fidelidad en sus promesas

y me corona como a esposa suya. ¡Yo te bendigo, Padre de mi señor Jesucristo, porque, en atención a tu Hijo, se ha extinguido el fuego de concupiscencia que me circundaba!

—Recibe el distintivo de Cristo. Toma en tus manos la palma de la virginidad para que te haga Él su esposa y, si en Él permanecieres, serás coronada con la gloria de la inmortalidad.

—El Señor me ha vestido un ropaje tejido de oro y me ha engalanado con preciosas e incontables joyas.

Las hermanas cantan el *Veni Creator*.

—Madre abadesa, entrégote esta nueva esposa de Cristo para que la conserves sin mancha alguna hasta el día del juicio, y así la lleves ante la presencia del Altísimo y la devuelvas a su dueño Jesucristo.

Los corazones se levantan a Dios en el *Te Deum laudamus* que preludia el órgano.

Así cambió Clara Isabel Suárez de Figueroa y Souza su apellido por el simbólico nombre de

sor Adoración del Divino Verbo, en el día glorioso de la natividad de Nuestra Señora, ocho de septiembre del año de mil seiscientos y tantos.

164 Entretanto, un viejo abotagado por la gota llora como un niño a los pies de un cristo que abre amorosamente los brazos.

Buenos Aires, octubre-diciembre, 1921

Sor Adoración del Divino Verbo, de Julio Jiménez Rueda, se terminó de editar el 9 de julio de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.